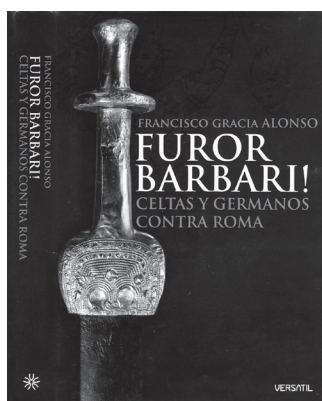


Gracia Alonso, Francisco. *Furor barbari! Celtas y germanos contra Roma*, Versatil Ediciones, Barcelona 2009, 318 pàgs.
ISBN: 978-84-9370-424-7



Los estudios referidos a los pueblos prerromanos peninsulares en conjunto, monográficos e incluso locales, son entre nosotros, bien es sabido, abundantes y gozan de una larga tradición, encontrándose actualmente en un nivel más que aceptable con importantes aportaciones en los últimos decenios, entre ellas, aparte de diversos artículos, un estudio del autor que nos ocupa,

Cartago, iberos y celtíberos: las grandes guerras de la península Ibérica, Barcelona 1996. Sin embargo, los que se refieren a los pueblos más allá de los Pirineos, al conjunto de los de Europa occidental, apenas han sido tratados por nuestros estudiosos, y cuando ello ha ocurrido, casi nunca lo han sido al mismo nivel de profundidad que los peninsulares, guiándose por lo general por lo publicado por autores foráneos, aunque hay excepciones (el de divulgación de F. Marco Simón, *Los celtas*, Madrid 1990, por ejemplo). Aquí se tratan, y no precisamente con superficialidad. Sólo por ello, al inmiscuirse en su estudio sin complejos, el trabajo de Francisco Gracia es en principio encomiable. Tal estudio abarca un espacio cronológico preciso, los siglos IV a.C. a I d.C., lo que quiere decir época de conquista y expansión romana y no invasiones bajoimperiales, en que algunos de los pueblos tratados vuelven a aparecer. Conquistas por tanto de Hispania, Galia, Britania y Germania, todos, podríamos decir, “en igualdad de trato”. El libro contiene una introducción, un capítulo sobre el concepto social de la guerra, y luego, a través de personajes (como hiciera con menor profundidad Ph. Matyszak en *Los enemigos de Roma*, Madrid 2005) o lugares, capítulos dedicados a Breno y los galos cisalpinos, Telamón y los celtas, Numancia y los celtíberos, Gergovia y Alesia y los galos, Varo y los germanos, y Búdica y los britanos. Finalmente, a modo de conclusión, un capítulo titulado “Mito y realidad, el recuerdo de la guerra”.

En cada caso tiene en cuenta la historia de las investigaciones enumerándolas con sus pros y contras no exentas, en ocasiones, de punzantes comentarios, de interpretaciones no tenidas en cuenta, o de precisiones, como cuando sostiene que Indíbil y Mandonio, en el caso de la *fides*, considerada como genuina ibérica, con Publio Cornelio Escipión, no es sino una costumbre tomada de los vecinos celtíberos. Comienza, siguiendo un orden cronológico, con Breno y los galos de la llanura padana que a punto estuvieron de hacer desaparecer a Roma como potencia. De hecho, aparte del análisis del ejército romano, se centra en los acontecimientos bélicos y su análisis de ese momento y posteriores jugados por los mismos

actores, donde deduce que Roma careció de un plan con vistas a largo plazo y conjuraba el problema cada vez que se presentaba una correría gala hacia el sur. En el siguiente capítulo, Telamón estudia exhaustivamente el armamento celta. De hecho, para el no especialista este apartado, que vuelve a aparecer en los siguientes capítulos para cada pueblo, puede en efecto resultar farragoso si se compara con el resto de la narración, aunque no sobra. En cuanto al ejército romano aparece más renovado y con mayor experiencia. Al caso de Numancia, el más conocido por nosotros, aplica el mismo esquema que utiliza para estudiar a los otros pueblos, e igual ocurre con la Galia del siglo I a.C., no menos conocido, por lo que son los capítulos menos novedosos para el lector. Le sigue el dedicado al desastre de Varo en el bosque de Teotoburgo y la exaltación por ello, entre los germanos, de Arminio o Hermann, que dio origen en Estados Unidos a “los hijos de Hermann” entre los emigrantes alemanes del siglo XIX, pero fue sublimado sobre todo tras la unificación alemana en el mismo siglo y, por supuesto, por el nazismo. Finalmente, en la persona de Búdica se centran los diversos intentos de anexión de Britania, dos de César y un tercero de Claudio más contundente.

No es precisamente secundario, si exceptuamos el capítulo de los celtíberos, el interés que no sea un autor local el que haga el estudio de tan distintos pueblos prerromanos de Europa occidental en un tiempo en que tiende a tenerse en cuenta (e incluso a veces a exagerar con ánimo revanchista) la “mirada del otro”, la del vencido, y a cuestionarse pasadas visiones patrioterías sobre todo tras la gran etapa de descolonización de la segunda mitad del siglo XX, en que las potencias colonizadoras (básicamente por su volumen Francia, Portugal y Reino Unido) han de entonar en más de un caso el *mea culpa*, mientras otras (España y sobre todo Alemania) han de hacerlo por los conocidos excesos a que llevó en el mismo siglo un desaforado nacionalismo. En la Península, quizás el caso más conocido sea el panceltismo que se quiso imponer a fines de la década de los treinta (a la que no era ajeno el auge de Alemania) llegándose a ignorar a los iberos como entidad propia, pero ya antes nuestros románticos del XIX habían convertido en mitos a Numancia, Sagunto, Viriato o Indíbil y Mandonio, entre otros, acomodando la historia a la ideología nacionalista del momento y hallando su plasmación en obras como la de Modesto Lafuente de 1850 o en la pintura historicista de un Domingo o un Madrazo.

En Francia y Reino Unido, como indica el autor, no deja de ser contradictorio que coincidiera el auge de esa mitología nacionalista justo cuando desarrollaban su más ambicioso imperialismo. En la primera no había, ni hay, localidad que no contara con su correspondiente *rue* o *place* Vercingetorix, mientras Gergovia y Alesia se consideraban el crisol de su nacionalismo. En el Reino Unido, la máxima exaltación patriótica de Búdica tiene lugar en la etapa victoriana. Con eso está dicho todo. El caso alemán es distinto: sus antiguos ancestros fueron objeto de especial atención por las mismas fechas que los anteriores, pero en función de que en ese momento estaban en fase de unificación los diversos estados germanos.

Pudiera pensarse que pocas conexiones tiene un estudio semejante con la actualidad, pero nada más lejos de la realidad: los grupos de reconstrucción histórica, las exposiciones, los parques temáticos, el druidismo o los festivales celtas básicamente musicales y de danza (celtas se considera a casi todos los pueblos de que trata la obra), llevan con su proliferación a plantearnos qué es lo realmente celta (por otro lado nunca un pueblo único) y qué pertenece a la mitología o la invención (G. Ruiz Zapatero, "Roma conquistó la Galia...y Astérix y Obélix conquistaron el mundo. Desenmarañando a los celtas", en M. C. Cardete, de., *La Antigüedad y sus mitos*, Madrid 2009). Es un caso diferente de panceltismo. En cualquier caso, la obra que nos ocupa no intenta ser un estudio histórico o antropológico de estos pueblos, sino que trata de su relación guerrera (armas, tácticas, organización) con Roma, y al mismo tiempo, dadas las diferencias cronológicas, la evolución del ejército romano.

Para su estudio, Gracia se basa en una sólida bibliografía, pero sobre todo en las fuentes clásicas y, desde luego, cuando es posible también en las arqueológicas. En cuanto a las fuentes clásicas son las únicas que se tienen en cuenta en las notas, lo que indica un buen y exhaustivo análisis de las mismas. Con las prevenciones lógicas, por el hecho de tratarse de documentos en latín o griego en todos los casos prorrromanos. Roma sentía, frente a esos pueblos, una superioridad no exenta de admiración por ciertas características ligadas a la caballería, a la habilidad psicológica cara a su enfrentamiento al enemigo (gritos, aspecto feroz a falta de organización y táctica de un ejército homologable al romano) o a la resistencia a ultranza rayando en lo inverosímil. El autor muestra, que, frente a lo que se suponía, el tipo de formación en combate era, entre los bárbaros, organizado, aunque preferían morir antes que replegarse se tratara o no de grupos supratribales que entonces, dada la situación y frente a lo que era usual, surgieron. A pesar de ello, privaba lo negativo, y los veían más como los pergamianos vieron a sus enemigos gálatas representados en el conocido Altar: Roma significaría civilización frente a bestialidad, orden frente a caos, racionalidad frente a irracionalidad. Es ilustrativa la descripción de Floro, que considera a los celtas aparentemente "nacidos expresamente para la destrucción de los hombres y para destruir las ciudades". Además el recuerdo del saqueo de Roma de 390 a.C. o la costumbre gala de decapitar a los enemigos vencidos y lucir sus cabezas como trofeo ayudaban a esta visión. Tampoco olvida Gracia que, por otra parte, aunque son fuentes antiguas, raramente son contemporáneas de los acontecimientos que se describen, como es el caso de Polibio en Hispania o César en las Galias, lo que hay que tener presente en su análisis. A pesar de ello, recuerda, se trata de pueblos que humillaron a los teóricamente mejores ejércitos de la Antigüedad, los romanos.

Utiliza también, y muy bien por cierto, la arqueología militar, que nos ha dado recientemente interesantes sorpresas, algunas inesperadas como es el caso de Little Big Horn (evidentemente fuera del espacio geográfico tratado), mitificado por el cine norteamericano: los del Séptimo de Caballería pudieron morir

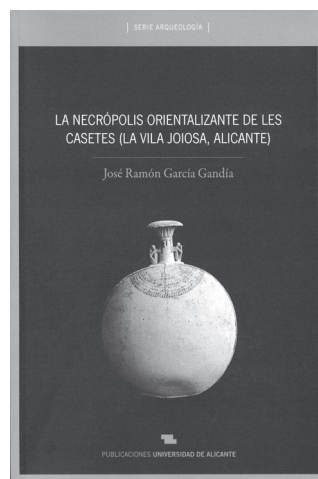
con las botas puestas como rezaba el título del film de Raoul Walsh, pero no desde luego formando una piña en torno a la bandera; la arqueología muestra que cada uno intentó salvarse por su cuenta. El caso más interesante en la zona tratada en el libro, es la certificación, durante la pasada década de los ochenta, de que el famoso bosque de Teotoburgo donde fue vencido Varo con sus tres legiones, seis cohortes auxiliares y tres alas de caballería, se ha de ubicar en Kalkriese y no donde se creía desde el siglo XIX e incluso había un monumento conmemorativo.

Visto todo lo anterior, surge una pregunta: ¿podemos hablar de genocidio cultural por parte de los romanos, ahora tan de actualidad por casos más recientes? Es posible que sí, pero ello era general en el mundo antiguo (y no solo), en que ningún otro pueblo obró de manera diferente; cuando se respetaba dentro de lo que cabe una cultura era por propio interés del conquistador.

Finalmente se nos plantea como calificar el libro, ¿divulgación? (en todo caso "alta"). Quizás más oportuno es preguntarse a qué público va dirigida. Creemos que tanto al profano como al especialista. Ya hemos indicado que el discurso general no se rompe, e incluso se puede prescindir de los apartados quizás menos atractivos para el profano (descripción pormenorizada del armamento). Es un inconveniente, pero pequeño, sobre todo si se tiene en cuenta que el estudio de Gracia llena un vacío en nuestra bibliografía. Lo que sí es una lástima es que las ilustraciones, especialmente las fotográficas, resulten poco claras, más teniendo en cuenta la buena presentación, la encuadernación del volumen y sobre todo el interés del texto.

Arturo Pérez Almoguera
Universitat de Lleida
aperez@historia.udl.cat

García Gandía, José Ramón. *La necrópolis orientalizante de les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueológica. Alicante. 2009. 297 pàgs. + 173 figs. ISBN: 978-84-9717-054-3



Els darrers anys han estat generosos en publicacions i congressos sobre el món funerari protohistòric peninsular i més concretament sobre necròpolis, tombes i aixovars relacionats amb el món mediterrani. Només cal recordar els innumbrables estudis i reestudis en forma d'articles de diverses tombes singulars (entre elles la 184 d'Agullana,